

CAPÍTULO PRIMERO.

EL GENERAL BONAPARTE.

§ I.—El Directorio.

N.º 1.—Política del Directorio.

I.

La ambición de la república, en su primer impulso, fué el revolucionar la Europa y acabar hasta con el último de los reyes. Había un instinto de conservación en estos gigantescos desiguos. Las ideas del 89 encontraron unos enemigos implacables en la Europa monárquica y feudal. ¿Cómo podía mantenerse la Francia republicana contra esa hostilidad universal? En el antiguo mundo, al que puso fin la Revolución, los Estados experimentaban la necesidad de crearse alianzas, á fin de defenderse contra el espíritu de invasión que caracterizaba las antiguas monarquías. En esa época no se trataba de principios, no los había. Sólo el interés formaba las alianzas y las rompía. La Revolución del 89 inauguró un nuevo orden de cosas. Libertad, independencia, paz, armonía: estas palabras mágicas enseñaron á la Europa, admirada, que el derecho iba á reemplazar al interés, es decir, á la fuerza. Reyes y nobles presintieron que su dominación era incompatible con la declaración

de los derechos del hombre, y se coaligaron contra la Revolución.

En cierto sentido, la coalición explica y justifica la política revolucionaria hasta en sus excesos. Si la monarquía y el feudalismo se unían para destruir la libertad en su cuna, ¿no debía la Francia, por su parte, hacer una guerra á muerte á sus enemigos? No podía haber república en Francia sino haciéndose republicana la Europa entera. Tal fué la inspiración de la Convención nacional cuando dictó el famoso decreto que declaraba la guerra á los palacios y prometía la paz á las cabañas. Una vez pasado ese momento de entusiasmo, se apercibió que perseguía un objeto imposible. La Europa no estaba en sazón para la república; la Francia misma no lo estaba. Cuando se calmó la fiebre revolucionaria, la república limitó su ambición á las fronteras naturales. Pero ¿cómo obtener de Europa el reconocimiento de un gobierno republicano que amenazaría continuamente á la antigua monarquía? Y si, á fuerza de victorias, la Francia obligaba á sus enemigos á sancionar su grandeza, ¿cómo consolidar este maravilloso poder?

Las ideas lo habían creado; sólo las ideas podían sostenerlo. Es decir, que la Francia republicana estaba condenada á hacer la propaganda, aunque no fuese más que por instinto de conservación.

Tal fué la política del Directorio. Se le acusa de haber querido trastornarlo todo. No creemos tomar su defensa; los convencionales se manifestaron á menudo los dignos herederos de los reyes, no retrocediendo ante ningún medio para alcanzar su fin, la grandeza de la Francia. Pero una cosa es el fin y otra cosa son los medios. Es cierto que el Directorio no tenía la ambición desenfrenada de engrandecimiento que caracteriza á Luis XIV y á Napoleón; su política era más razonable, se limitaba á dar á la Francia las fronteras que la naturaleza parece haberle concedido. Es cierto que el Directorio fundó repúblicas en Italia y que propagó sus principios y su influencia en Suiza y en Holanda; pero si trató de rodearse de repúblicas amigas, fué porque las alianzas republicanas eran para él una condición de existencia. Es imposible que un Estado cualquiera subsista cuando está aislado y cuando todos sus vecinos le son hostiles. Ahora bien, tal hubiese sido la posición de la Francia republicana si la monarquía y la aristocracia se hubieran mantenido á sus puertas.

El Directorio obedeció, pues, á una ley natural cuando, aprovechando el prestigio que le daban sus victorias, se rodeó de un cordón de repúblicas. Hay que añadir que esas repúblicas fueron un primer paso hácia la dominación de la Francia en Europa. En este sentido, el Directorio fué el precursor de Napoleón; pero lo fué sin quererlo. Los historiadores son demasiado severos para con los convencionales que gobernaron la Francia como directores; experimentaban la fascinación que ejerce el genio de Napoleón. Diríamos que eran los antiguos Galos gritando: ¡ay de los vencidos! Á pesar de sus faltas, á pesar de las manchas que mancillan á algunos hombres, el Directorio fué el continuador de la Revolución, mientras que Napoleón fué el primero y el mayor de los contrarrevolucionarios. Los hombres de la Convención que se sentaban en el Directorio y el joven conquistador se encontraron en Italia; ellos mismos nos dirán cuál era el fin que perseguían. Se ha identificado demasiado su política: esto es glorificar á los directores con una ambición que sobrepujaba á su genio tanto como á sus designios; pero también es imputarles

una responsabilidad que debe recaer en el general Bonaparte. En realidad, no fué el Directorio, sino el general quien preparó el camino al emperador.

II.

En el general se revela ya el futuro César. Cuando se oye al vencedor de Italia, se creería uno en tiempo del imperio, con la diferencia que en el año VI, los tronos se desplomaban bajo los golpes del general republicano para ser reemplazados por repúblicas, mientras que el emperador restauró las monarquías para dominarlas. El 1.º de vendimiario, año VI, el ejército de Italia celebró la fundación de la república francesa. Cuando el abate Grégoire pronunció la oración fúnebre de la monarquía, exclamando "que la historia de los reyes era el martirologio de los pueblos," esperaba que la república sería una era de libertad para la Francia y de emancipación para la Europa. El general Bonaparte no lo creía así: "De este día, dijo á sus soldados, data la organización de la gran nación, y la gran nación está llamada á admirar y á consolar al mundo," (1). Dejamos á un lado la ampulosidad de la forma; sería difícil decir cómo la gran nación consolaba al mundo conquistando la Italia; pero es claro como la luz del día que lo que impresionaba principalmente al joven general en el advenimiento de la república era el papel brillante que ésta daba á la Francia; lo que más atractivo tenía para él eran la grandeza y el poder. Si la república tenía tanto encanto para el joven conquistador, era porque era conquistador. Escribió al director François de Neufchâteau: "Hemos vencido á la Europa... Un decreto del Directorio ejecutivo desploma los tronos," (2).

No eran los decretos del Directorio los que desplomaban los tronos, eran las maravillosas victorias del joven general. Aún ejercen hoy un singular prestigio en los espíritus menos aventureros; ¡qué entusiasmo no debían excitar en una nación ávida de gloria militar! Los republicanos se dejaron fascinar. Carnot pertenecía al Directorio; felicitó al vencedor en nombre de la libertad: "Reci-

(1) Proclama del general Bonaparte, del 1.º vendimiario, año VI (Correspondencia de Napoleón, t. III, p. 431).

(2) Carta del general Bonaparte á François de Neufchâteau, del 2 vendimiario, año VI (Correspondencia de Napoleón, t. III, página 443).

bid, le escribía, mis felicitaciones por las brillantes jornadas de Montenotte y de Millesimo... Toda la Francia, toda la Europa, tienen los ojos fijos en vos. Vuestros triunfos son los de la libertad, é indudablemente, no llenaréis á medias la tarea gloriosa que os habeis impuesto," (1). Los republicanos estaban tan acostumbrados á confundir la monarquía con la esclavitud, que al ver caer los tronos, creían que la caída de los príncipes sería el advenimiento de la libertad. Bonaparte los entretenía con estas ilusiones. Hablando ante el Directorio el 20 de frimario, año VI, dijo: "Cuando la felicidad del pueblo francés esté asentada en las mejores leyes orgánicas, la Europa entera será libre," (2).

Carnot tomaba estas palabras por lo serio, porque él mismo tenía la pasión de la libertad. El vencedor de la Italia alimentaba muy diferentes pensamientos. Sembraba repúblicas bajo sus pasos, hasta tanto que las repúblicas se convirtiesen en tronos. No hubiera deseado otra cosa el Directorio, sino el crear repúblicas amigas; pero quería que tuviesen la fuerza de vivir y que fuesen un apoyo para la Francia republicana. En su correspondencia con su general, le pide informes respecto al estado político de los principados italianos; le pregunta si el pueblo es susceptible de la independencia y si podría defender la libertad que se le diera. Aún había otro pensamiento que preocupaba al Directorio, pensaba ante todo en los intereses de la Francia; ésta había llevado sus fronteras hasta el Rhin, y para marcar qué tales eran los límites irrevocables de la república, la Convención los había decretado como artículos constitucionales. Pero faltaba hacer aceptar esos decretos por la Europa. El Directorio comprendía que el Austria no cedería la Bélgica y sus posesiones del Rhin sino mediante una compensación en Italia; quería que las conquistas de Bonaparte sirviesen á arrancar el consentimiento del emperador. Es la idea fija que se reproduce en todos sus despachos. Bien quiere que se hable de libertad á los Italianos, no se le oculta que la Francia no puede imponer su voluntad á la Europa; recuerda á su general que es menester un tratado para dar la independencia á la Italia, y que el emperador no consentirá en

ella sin indemnizaciones (1). Sería necesaria una guerra á muerte, dice, para arrebatar al Austria sus posesiones italianas sin compensación; ahora bien, el primer deseo del Directorio es la paz, porque es el primer deseo de la Francia. El Directorio recomienda continuamente á Bonaparte el no favorecer indiscretamente innovaciones políticas que podrían dificultar la conclusión de la paz. Y perpetuar la guerra, ¿no sería comprometer la consolidación de la libertad en Francia? (2).

Las prodigiosas victorias de los ejércitos republicanos no hicieron desviar al Directorio de su prudente política. Da un valor inmenso, dice, á que la conquista de la Italia se consolide, pero no quiere que la Francia derrame su sangre para el engrandecimiento de la Italia; la sangre de los republicanos no debe correr sino para proporcionar á su patria una paz gloriosa (3). El Directorio no quiere que el general Bonaparte anime á los Italianos para constituirse en repúblicas; más bien debe tratar de poner límites á su entusiasmo. Es menester, principalmente, cuidar de no identificar su causa con la de la Francia. Esto sería eternizar la guerra con perjuicio de la república. El Directorio no pierde un instante de vista la frontera del Rhin; este es el límite constitucional, es preciso también que sea el límite diplomático. Para esto son indispensables las compensaciones, y no se pueden encontrar más que en Italia (4).

Bonaparte insistía y volvía siempre á la carga; su ambición crecía con sus victorias, y sus victorias eran prodigiosas. El Directorio permanecía inmutable; escribió el 17 de brumario, año VII, al general en jefe del ejército de Italia: "Conoceis nuestras intenciones relativamente á la situación política de los diversos Estados que han adoptado un gobierno popular; persistimos en ellas," (5). Una rama de los Borbones reinaba en Nápoles; no había casa real más hostil á la Revolución francesa;

(1) Carta del Directorio á Bonaparte, del 12 prairial, año IV (Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte, t. I, p. 220).

(2) Carta del Directorio á Bonaparte, del 4.º día complementario, año IV (Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte, tomo II, p. 43).

(3) Carta del Directorio á Bonaparte, del 17 vendimiario, año V (Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte, t. II, p. 101).

(4) Carta del Directorio á Bonaparte, del 2º vendimiario, año V (Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte, t. II, p. 106).—Compárese la carta del 7 brumario, año V (Correspondencia inédita, t. II, p. 182).

(5) Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte, t. II, página 258.

(1) CARNOT, Carta del 6 floreal, año IV (Correspondencia inédita, oficial y confidencial de Napoleón Bonaparte, t. I, p. 75).

(2) Alocución del general Bonaparte al Directorio (Correspondencia de Napoleón, t. III, p. 604).

pero tan cobarde como málevola, buscó la alianza de la poderosa república cuando sus ejércitos victoriosos hubieron arrojado á los Austriacos de Italia. El Directorio se prestó á estas negociaciones, y escribió al general Bonaparte: "El tratado con el rey de Nápoles nos ha proporcionado la ocasión de aplicar el principio que ya hemos establecido en nuestros precedentes despachos relativamente á la introduccion de los principios revolucionarios en Italia... *Nosotros no favoreceremos de ningún modo las innovaciones que los pueblos deseen introducir en sus gobiernos*," (1).

Hé ahí una declaracion explicita que justifica al Directorio de las acusaciones que le prodigan los historiadores. Á quien deberian acusar es al jóven general. Bonaparte no escuchaba las sabias recomendaciones del Directorio. En la apariencia, era más republicano que los convencionales que gobernaban á Francia; se diría que no soñaba más que con revolucion y democracia. En realidad, se dejaba llevar de su humor conquistador; era una ambicion sin limites que se manifestaba. Á cada victoria sobre los Austriacos, organizaba una nueva república. En vano protestaban los directores; se veian obligados á dejar hacer; el general era más poderoso que el gobierno. Estas contestaciones entre el Directorio y el vencedor de la Italia continuaron hasta en visperas de las negociaciones en favor de la paz. Cuando se leen las cartas del ministro de relaciones exteriores al general Clarke, no se creería que habla un revolucionario. Á pesar de las victorias de Bonaparte, el ministro no se atreve á pronunciarse respecto á la suerte de la Italia; teme "que un pueblo tan desprovisto de energía y esclavo de las preocupaciones más degradantes sostenga mal el papel de pueblo libre;" teme principalmente que, tomando las repúblicas italianas bajo la proteccion de la Francia, se aleje indefinidamente la conclusion de la paz, porque no habia ninguna compensacion que ofrecer al Austria (2). Los actos del Directorio estaban conformes con sus palabras. En el año V, los enviados de las repúblicas cispadana y lombarda insistieron en ser reconocidos por la Francia; habian dado esos pasos con anuencia de su vencedor. Sin embargo,

(1) Carta del 5 frimario, año V (*Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte*, t. II, p. 350).

(2) Carta del 10 nivoso, año V (*Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte*, t. II, p. 407).

el Directorio se negó; escribió á Bonaparte "que no podia separarse de los principios que le habian guiado hasta entónces; que el reconocer las repúblicas italianas seria privarse de los medios de establecer compensaciones para la paz." Pero los directores no tenian fuerza para impedir lo que el general quería; consintieron, á pesar suyo, en que las repúblicas se organizaran; sin embargo, con la reserva de que seria á su cuenta y riesgo y sin ninguna garantía de la Francia (1).

El golpe de Estado del 18 fructidor dió un poder nuevo al elemento revolucionario; por consiguiente, las ideas de propaganda republicana tendieron á triunfar de los principios tantas veces invocados por el Directorio en su correspondencia con el general en jefe del ejército de Italia. Debe añadirse que la propaganda tenia tambien su justificacion. La Francia, que sea monárquica ó republicana, está interesada en excluir al Austria de la Italia. Cuando es república, tiene ademas un interes de existencia en que la libertad, bajo la forma republicana, se propague en Europa. Esas ideas son las que dominan en la correspondencia directorial despues del 18 fructidor. El Directorio no quiere la unidad de la Italia; este cambio le asusta, y la península, convertida en un poderoso Estado, le hubiera inquietado. Pero desea "que la libertad penetre en todas partes, y que gobiernos libres, unidos por el interes de una causa comun, separen la influencia austriaca y constituyan la garantía de la república francesa," (2). El Directorio se habia convertido á las ideas del general Bonaparte.

La propaganda republicana era en el fondo una política de conquista, mientras que la antigua política del Directorio favorecia la conclusion de la paz y permitia consolidar el maravilloso poder que Francia debía á la Revolucion. Bajo el punto de vista frances, era mucho más previsora que la ambicion aventurera de Bonaparte. Cuanto más extendia la república su influencia, tanto más difícil era el conciliarla con los intereses de la Europa monárquica. Cada república nueva que creaba el jóven conquistador era un obstáculo más para una paz seria y definitiva. El Austria vencida debía, á la verdad, doblegarse á la ley del vencedor; pero esos

(1) Carta del 13 germinal, año V (*Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte*, t. II, p. 493).

(2) Carta del 30 vendimiario, año VI (*Correspondencia inédita de Napoleón Bonaparte*, t. IV, p. 245).

tratados, como todos los que impusieron el primer cónsul y el emperador, no eran más que treguas. La Europa no podia reconocer las repúblicas que Bonaparte elevaba en Italia, porque, aliadas de nombre, eran en realidad dependientes de la Francia. Napoleon lo reconoce en su destierro de Santa Elena (1). Era una república universal la que se preparaba. Ahora bien, república universal y monarquía universal es todo uno. La Europa no podia aceptar ni una ni otra.

N.º 2.—*Las repúblicas confederadas.*

Las Provincias-Unidas fueron la primera república fundada por las victorias de la Francia revolucionaria. No puede decirse que la crearon las armas francesas; las Provincias-Unidas formaban una república desde el siglo XVI; pero á fines del XVIII habia venido á ser una verdadera monarquía. Cuando los republicanos trataron de derribar la dominacion de la casa de Orange, los reyes se ligaron contra ellos y les impusieron el yugo del estatuder. Á consecuencia de esta revolucion, ahogada por los ejércitos prusianos, los republicanos franceses hallaron amigos en donde Luis XIV habia encontrado una resistencia tenaz. La conquista fué un verdadero rescate para los demócratas holandeses. Pero emancipada de la tiranía del principe de Orange, la república bátava cayó bajo la dependencia de la Francia. El tratado de 1795 la puso bajo tutela, y muy pronto el tutor se llamó Napoleon Bonaparte. Primeramente se estipuló que las dos repúblicas contrataban una alianza perpetua contra la Inglaterra. Esto era consagrar la ruina de las colonias holandesas, que no tardaron en caer bajo el poder de la nacion que reinaba en el Océano. La cláusula era evidentemente en interes de la Francia; desde esta época habia lucha á muerte entre las dos potencias rivales; el Directorio preludiaba las violencias de Napoleon, tratando de amotinar la Europa contra los tiranos de los mares. En esta lucha gigantesca, los débiles debian ser víctimas de los fuertes. Abandonada á si misma, la república bátava ni aun hubiera podido defender su territorio continental contra la Inglaterra.

(1) «Las repúblicas cisalpina y liguriana estaban enteramente sometidas á la influencia francesa» (*Memorias de MONTOLON*).

ra. Para ponerla al abrigo de un golpe de mano, el tratado de 1795 estipulaba que habria una guarnicion francesa en Flessingue. Ademas, la república francesa se reservaba el derecho, en el caso de hostilidades por el lado del Rhin ó de la Zelanda, de poner guarniciones en las plazas de Berg-op-Zoom, de Grave y de Bois-le-Duc. En fin, se decía que "la república francesa ocuparia militarmente, durante la presente guerra, las plazas que fuese útil guardar para la defensa del país." La guerra fué permanente, y esto era hacer de la república bátava un anejo de la república francesa. Un artículo secreto acababa de consagrar su dependencia; un ejército frances de 25.000 hombres estaria á sueldo de las Provincias-Unidas; esas tropas no debian recibir órdenes más que de su comandante en jefe, es decir, que la fuerza armada de la república bátava estaba á la disposicion de la Francia (1).

Como se ve, la dependencia de la primera república filial era completa. Y no podia ser de otro modo. Mientras la república francesa estuviese en guerra con la Europa monárquica, las repúblicas aliadas no tenian garantía alguna de existencia más que en una union íntima con la Francia, y ellas debian tomar parte en la lucha comun que decidiría de la suerte de la libertad en el continente. Desde entónces, la preponderancia, mejor dicho, la dominacion, pertenecia fatalmente á la república francesa. La Convencion habia declarado el gobierno de la Francia revolucionaria hasta la paz. Era una necesidad que se critica sin razon al comité de salvacion pública. ¿Qué era la Francia revolucionaria? Un inmenso ejército; ahora bien, no es la libertad la que reina en los campamentos, es una voluntad única y una voluntad absoluta la que anima todo el cuerpo. Lo mismo era en las relaciones diplomáticas de la república francesa. ¿Podia tratarse de una alianza fundada en la libertad y la igualdad, cuando la existencia de la Francia, tanto como la de sus aliadas, dependia de una batalla? Esto prueba que las repúblicas que surgian como por encanto al paso de los ejércitos republicanos no estaban en armonia con los sentimientos y las necesidades de las masas. La república so-

(1) SCHOBLL, *Historia de los tratados de paz*, t. IV, p. 291-294. —El conde de GARDEN, *Historia general de los tratados de paz*, tomo V, p. 250-258.